



## ANHELO

**Y** seguimos caminando hacia Baján por la ruta que en otra época hiciera, en su peregrinación al Norte, el padre de la Patria y caudillo de la Independencia, D. Miguel Hidalgo y Costilla. Al llegar a Mesilla, D. Venustiano Carranza determinó invitar, una vez más, al general de división D. Jerónimo Treviño, que gozaba de gran prestigio en la frontera Norte de la República. Comisionó al capitán Rafael Saldaña Galván para emisario, entregándole una carta confidencial para aquel divisionario, y le dió amplias instrucciones sobre el modo y manera de llegar a Monterrey y entrevistar al general Treviño para proponerle, en su nombre, encabezara la Revolución, que llevaba por objeto restaurar el orden constitucional, poniéndose desde luego el Gobernador de Coahuila a sus órdenes. Con esto daba el Sr. Carranza una prueba de su honradez y patriotismo, demostrando que no tenía él, en lo personal, ambiciones de ninguna naturaleza; pues declinaba el mando en otro hombre, con la circunstancia de que ese otro hombre era enemigo personal de él, y de que, además, no le reconocía el señor Carranza aptitudes militares ni políticas, ni de ninguna clase. Sólo reconocía que gozaba de un gran prestigio en el Norte, conquistado, más que por sus batallas y sus méritos

militares, por su separación de la política del general Porfirio Díaz, desde el triunfo de este último; pero, en fin, a Carranza sólo le importaba que justa o injustamente Treviño era querido en el Ejército Federal y podría ser el jefe respetado por todos, y esto le bastaba para invitarlo a cumplir con su deber, siendo él el primero en ponerse bajo sus órdenes. Saldaña salió a caballo y sin armas para Monterrey. Después sabremos la conducta del general Treviño.

Nosotros llegamos a unos cuantos kilómetros de Paredón, y nos sorprendió una pequeña escolta, formada como para hacer honores, sobre la planicie de una pequeña loma. Eran los tenientes coroneles Jesús Carranza, Pablo González, el mayor Emilio Salinas y el licenciado Pablo A. de la Garza, que con tren militar y con una pequeña escolta venían en busca del Gobernador del Estado. Todos juntos, platicando de muchas cosas, caminábamos hacia la estación de Paredón. Nosotros queríamos darles noticias del *cuartelazo* y de lo sucedido en México los días de Febrero, pero era muy pobre nuestra cosecha. Sabían más ellos, por razón de haber conservado todo el tiempo abierta la comunicación telegráfica y ferrocarrilera con los Estados Unidos del Norte, y debido a esto fué como el Sr. Carranza, y nosotros con él, supimos, por nuestros visitantes, que Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de Norte-América, no había reconocido a Victoriano Huerta, y, por lo tanto, que Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos en México, trató, por medio del cónsul americano de Saltillo, H. W. Hollan, de mentirnos como un bellaco y engañarnos miserablemente, asegurándonos que la Nación que él representaba había reconocido al infidente Huerta como Presidente de la República. Nuestra indignación no tuvo límites; abominamos de los representantes americanos en México, y parecía que el Sr. Carranza, en aquellos momentos, trazaba su línea de conducta con el país vecino para siempre; pues tanta perfidia y tanta cobardía

le hizo pensar muy seriamente en los asuntos internacionales que forzosamente tendrían que desarrollarse en el curso de esta Revolución reivindicadora y majestuosa.

Nosotros admiramos, una vez más, al Gobernador de Coahuila por no haberse dejado engañar, por su intuición maravillosa y por su ecuanimidad extraordinaria. A él parecía que no le extrañaban las noticias que nos proporcionaban los amigos que nos encontraban; pues mostraba una serenidad pasmosa y no les daba mayor importancia de la que ya antes les había dado. De cuando en cuando reflexionaba algo, reconociéndolo nosotros por su mirada y sus movimientos de cabeza. De lo que a poco, sí discutía con los recién llegados, era del plan de campaña que debían de seguir; inquiría sobre los elementos con que contaríamos y sobre el próximo y primer ataque a Monterrey, capital de Nuevo León, plaza propicia para extender la fea revolucionaria. Se convino, pues, en que el teniente coronel González regresara en seguida con sus compañeros y su escolta, llevándose además la pequeña infantería nuestra, a las órdenes del capitán Francisco Flores, a Monclova. Entretanto, nosotros aguardaríamos en Anhele, Hacienda inmediata a Paredón, el regreso de D. Pablo González, con la mayor cantidad de gente y provisiones posibles para emprender la marcha combinada sobre Monterrey. Al día siguiente debíamos recibir algo de maíz, harina y frijol, que D. Pablo nos prometió mandarnos en una máquina y un carro, con la escolta respectiva, a la Hacienda de Anhele, para repartir a nuestros soldados.

Paredón es una estación ferroviaria del tipo de las que los ferrocarrileros llaman «de empalme» o «entronque». Allí se cruzan los trenes que van de Saltillo a Piedras Negras, de Torreón a Monterrey y de Durango a Tampico.

Antes de despedirnos, el Gobernador de Coahuila tuvo a bien ascender, en sus grados respectivos, a los tenientes coroneles Pablo González, Jesús Carranza y al mayor Emilio

Salinas. Ellos, en tren a Monclova; nosotros, a caballo para Anheló. Ya casi de noche, y nuestras cabalgaduras desensilladas, tomábamos posesión de la casa principal de la Hacienda, y Secundino Reyes, el asistente de D. Venustiano Carranza, asaba carne, calentaba tortillas y preparaba la cena. Después, mientras cenábamos, la conversación giraba sobre «¿Qué será de Saldaña Galván?» «¿Si habrá llegado a Monterrey?» «¿Qué haremos aquí estos días, mientras nos organizamos para ir sobre Monterrey?»

Baroni nos dice que lo han informado de que hay unos magníficos baños termales, camino arriba y muy cerca de la casa; yo me propongo ir temprano, al día siguiente, a probar esas aguas. De pronto interrumpe estos pequeños diálogos un mensajero de la estación de Anheló, que dice le ha ordenado el telegrafista venga a avisar al Sr. Carranza que de la ciudad de México pide con urgencia una conferencia con él, por el hilo telegráfico del ferrocarril, el llamado Ministro de Gobernación, D. Alberto García Granados. D. Venustiano dijo simplemente que se le contestara que ya era tarde, que carecía de objeto la conferencia.

Se levantó de la mesa, dió algunos pasos en la pieza próxima, y buscando con la mirada el mejor rincón de ella para dormir:

«— Aquí», díjole a Secundino Reyes, y con el dedo le señalaba el lugar donde debía poner la cama.

El teniente coronel Luis G. Garfias venía riendo, jubiloso, de otra pieza, donde, buscando su lugar, había encontrado una espada que días antes había obsequiado en Saltillo al dueño de la Hacienda, D. Salvador Benavides, buen amigo de todos nosotros.

Antes de acostarnos, decía D. Venustiano a Garfias, Treviño y Baroni:

«— Ustedes se habrán dado cuenta de que en Paredón ascendí a D. Pablo González, a Jesús, mi hermano, y a Emilio

Salinas. Ahora, antes de entrar en campaña, les toca a ustedes, que han sido los primeros en acompañarme. Es, pues, coronel, Luis G. Garfias; mayor, Jacinto Treviño, y mayor, Aldo Baroni.»

Al día siguiente, como estaba dicho, después de almorzar en compañía de D. Venustiano una magnífica barbacoa, con tragos de café, invité al baño a Jacinto Treviño y a Francisco J. Múgica. Pedí el permiso al Sr. Carranza para no acompañarlo; pues en ese momento se disponía a salir, seguido del mayor Cesáreo Castro, del teniente coronel Luis Gutiérrez, de su asistente y de unos cuantos soldados más, al camino de Espinazo, que lo es también de Monterrey. Iba con objeto de poner algunas avanzadas en distintos puntos. Ya en marcha el Sr. Carranza, llegó un telegrama de Saltillo, firmado por el teniente coronel Francisco Coss, que decía:

«Sé que el general federal Fernando Trucy Aubert se dirige a ésta, de Torreón, por Hipólito, con dos mil hombres de las tres Armas; lo que pongo en su superior conocimiento para que tome las precauciones del caso.»

Me cercioré del telegrama, se lo hice saber a Garfias, que era el jefe del Estado Mayor del señor Gobernador, y dispuse que el teniente Francisco Destenave mandara ensillar un caballo violentamente y llevara el telegrama al Sr. Carranza, a dondequiera que lo encontrara. El coronel Luis G. Garfias opúsose terminantemente; me alegaba que Coss no sabía lo que decía, que indudablemente era mentira lo que asentaba el telegrama, que cómo podía saber Coss que Trucy Aubert venía con dos mil hombres, que, por lo tanto, no le mandara el mensaje al Sr. Carranza; que si había que tomar precauciones él las tomaría, que en ausencia del señor Gobernador él le sucedía en todo y por todo. Por último, que en carácter de superior mío, me ordenaba le hiciera entrega del mensaje.

Por mi parte, le alegué duramente que él no era mi superior, pues que siendo yo oficial comisionado como secretario particular del Gobernador, no tenía que obedecer órdenes militares de otro; que, además, tenía órdenes del Gobernador, y que mi deber era hacerle llegar toda clase de correspondencia a dondequiera que estuviera. La discusión cada vez subía de punto; en el calor de ella yo entregué el telegrama al teniente Francisco Destenave, y le repetí la orden de que llevara esa nota al Sr. Carranza. Al mismo tiempo llegaban Treviño y Múgica con grandes toallas bajo el brazo, y los tres nos encaminamos a pie hacia arriba, a los baños. Dábamos unos cuantos pasos sobre el ancho camino, cuando un viejo seco, que montaba un caballo zafno, nos alcanzó, haciéndonos saber que venía de Monterrey y que traía una comunicación para D. Venustiano Carranza, del general de división D. Jerónimo Treviño; necesitaba saber dónde estaba el señor Gobernador, para hacerle entrega personalmente del pliego.

Le informamos la distancia a que podría encontrarse en esos momentos el Sr. Carranza, agregándole que lo más prudente sería que esperase allí el regreso de D. Venustiano, toda vez que solamente iba a poner unos puntos avanzados y no tardaría un par de horas. Me atreví a pedirle la comunicación para enterarme de ella, a lo que no accedió, diciéndome que tenía instrucciones del general Treviño de entregarla al Sr. Carranza personalmente.

Lo dejamos a la mitad del camino y seguimos hacia los baños. El viejo seco se perdió en la bola, y nunca supimos qué comunicado era el del general Jerónimo Treviño.

Metidos hasta el cogote en el agua tibia de los baños de Anhele, oímos el chillido repetido y ronco de dos locomotoras por el rumbo de Paredón.

«— ¿Qué serán esos pitazos?», preguntó Múgica.

«— Es la máquina que nos manda D. Pablo González, de Monclova, con provisiones», contestó Treviño.

Yo no hacía caso de ello, y me afanaba bañándome, platicándoles y enseñándoles un mi balazo heroico, que mostrábales en la pierna derecha, mientras me jabonaba la vieja cicatriz, para que la vieran mejor. Ellos refan, dudaban de mi heroicidad, y yo les conversaba detalles de las batallas de la Revolución de 1910, reprochándoles que ellos no tuvieran ese honor. En eso estábamos, cuando oímos muy cerca un clarín que tocaba «botasilla».

Música saltó del agua, y entre los árboles advierte que Garfias, en su yegua prieta, y seguido de sus asistentes, sale a galope tendido por el camino de Espinazo. Apenas nos dice eso y oímos el tiroteo cerrado de una fusilería, desde la estación hacia la Hacienda, Treviño se sorprende; salta precipitadamente del baño, y, sin secarse, se viste. Yo hago lo mismo. El fuego se escucha cada vez más perfecto.

Son los federales, comandados por el general Trucy Aubert, a que se refería Coss en su telegrama, motivo del disgusto entre Garfias y yo. Habían llegado ya a la estación, y la artillería de otro tren, desde Paredón, hace dos descargas. Yo, a medio vestir, corro hacia el rancho; busco mi caballo para incorporarme a las fuerzas que, a la desbandada, salen de la Hacienda de Anhele, siguiendo el polvo que tras sí dejaba Garfias, y mientras lo ensillo y cojo mis maletas, los federales llegan al caserío, se apoderan de las reses muertas que nuestra soldadesca había sacrificado para su rancho del día, y aprovechando la confusión de los federales, que entran en desorden sin encontrar enemigo, me trepo sobre mi caballo y salgo por el camino que había emprendido Garfias.

A poco andar me encuentro al Sr. Carranza, acompañado del mayor Cesáreo Castro, de Luis G. Garfias y del teniente coronel Luis Gutiérrez; el segundo, en su vertiginosa carrera, ya se había incorporado al Sr. Carranza, sobrándole tiempo para venir de regreso, acompañándolo, y darle cuenta de los acontecimientos al modo que mejor a él le pa-

recta; sin duda culpándome a mí o a cualquier otro, pero poniéndose él a salvo.

«— ¿Qué se perdió?», preguntóme el Sr. Carranza.

«— Nada, le contesté. Unos maletines del mayor Treviño, ropa y papeles de la Secretaría particular, sin importancia; impresos y papeles en blanco; aquí está el libro de claves y el dinero, que es lo importante.»

Apenas nos apartamos unos pasos del Sr. Carranza, y casi al oído le dije a Garfias:

«— Usted tiene la culpa de todo, es usted un cobarde; nos dejó a Treviño y a mí en los baños sin avisarnos, habiendo tenido tiempo para todo.»

Asustado, me contestó de mal modo, y nos aplazamos para después.

Treviño llegaba en un caballo que no era el suyo, y dirigiéndose a D. Venustiano, le dijo:

«— Es la oportunidad, señor, de atacarlos. ¿Cómo les vamos a dejar a esos individuos toda nuestra impedimenta?»

«— Bien, dice D. Venustiano, vamos.»

Y dirigiéndose hacia el enemigo, busca con la mirada por todas partes a nuestras fuerzas, que andan desperdigadas por los lados del camino.

Se detiene un poco detrás de una pequeña montaña, para ver si se reúnen y dar algunas disposiciones; yo aprovecho el tiempo abrochándome las grandes pitazas que usaba, y que después del baño no pude hacer.

Llega el teniente Beristáin (el del camino de Arteaga), y como si diera parte, se cuadra militarmente, y salvando todos los conductos se dirige al Gobernador, diciendo:

«— Acabo de verlos, que están destazando las vacas que nosotros teníamos para nuestra gente.»

Don Venustiano, enfadado:

«— Usted no lo ha visto, ni se ha acercado por allí.»

«— Mi general, yo soy soldado viejo y no puedo engañar a la superioridad; deme usted ocho hombres, y no digo voy a verlos, sino que les disparo.»

«— Bueno; tome usted treinta hombres, y vaya a reconocerlos, tomando el contacto, si es preciso.»

«— Está bueno que otro de ustedes lleve cien hombres de esos que bajan por la derecha, y replegándose a aquellos árboles tomen el contacto por uno de los flancos.»

Esto decía D. Venustiano, señalando con el dedo el bosquecillo que formaban los árboles que crecen a lo largo de las acequias, y que empiezan en los baños termales que momentos antes habíamos dejado Múgica, Treviño y yo. D. Venustiano se dirigía a Garfias, Treviño, Cesáreo Castro y a Andrés Saucedo, que estaban frente a él, seguramente en espera de órdenes. Treviño dijo:

«— Yo, si usted me lo permite, tomo el mando de cien hombres, y me llevo a Saucedo.»

El Sr. Carranza contestó afirmativamente, y Treviño desapareció con Saucedo y algunos otros.

En estos momentos, doce m., más o menos, del 7 de Marzo, principió a escucharse el tiroteo. Era el teniente veterinario Manuel M. Beristáin, que empezaba a tomar el contacto con los treinta hombres, como se le había ordenado. Sospechamos que los federales, no esperándose esto, fueron sorprendidos por Beristáin, a pesar del gran número de ellos. Esperamos un gran rato, para que, organizados, repelieran el ataque. El señor Gobernador se rió, diciendo:

«— Le picamos el amor propio a Beristáin, y ahora sí se está batiendo.»

Garfias se puso más nervioso de lo que estaba, y disimuladamente, culpando lo brioso de su yegua, se retiró a distancia prudente. A poco llegaron el doctor Daniel Ríos Zertuche, Francisco J. Múgica, Secundino Reyes y otros oficiales. Ofase más perfecto el tiroteo, y se comprendía que los federales

contestaban a Beristáin su fuego por el centro, y a Treviño por la derecha, entre los árboles.

« — Ahora sí, dijo D. Venustiano, hay que organizarnos. Tú, dirigiéndote al mayor Cesáreo Castro, organiza tu gente y ataca por la izquierda, mientras yo, con los que me sigan, avanzaré por el centro, y como no podremos desalojarlos, por la superioridad numérica de ellos, vamos haciéndoles polvareda por todas partes, como a Blázquez en Santa María, a ver si éstos también se asustan. »

Bajamos por la falda de la loma, y pronto llegamos a la planicie del camino que por el centro de aquellas cordilleras paralelas conduce a la Hacienda de Anheló. El tiroteo se oye cada vez más fuerte. Garfias, corriendo, porque se había quedado lejos, iba y venía y le decía a D. Cesáreo Castro:

« — Don Venustiano no se conforma con comprometerse él, sino que compromete a su Estado Mayor. »

Destenave es de este mismo parecer, y sin esperar más, ambos desaparecen por el camino de Espinazo.

Don Venustiano desata la reata de su caballo y arrastra ramaje verde por el camino, levantando polvareda. Secundino Reyes, Aldo Baroni, Lucio Dávila, Benjamín Garza y yo hacemos lo mismo. Así continuamos avanzando por el centro, y el mayor Cesáreo Castro se nos apartó por la izquierda, obedeciendo las órdenes que con anterioridad le había dado D. Venustiano para organizar su gente. Ya muy cerca de la Hacienda, como a 400 metros, dejamos de hacer polvo, y empezamos a oír el chillido de las balas, que muy cerca de nosotros pasaban, rasgando el viento. Baroni se da cuenta del peligro, y me dice, enfadado:

« — Si D. Venustiano quiere sacrificarse, yo, no ». Azota su caballo, y vertiginosamente sale por el camino hacia atrás. Las balas continúan causando susto, y antes de cinco minutos, Zertuche, Dávila y todos siguen el ejemplo de Baroni, que a su vez había seguido el de Garfias y Destenave. Que-

damos, cerca de D. Venustiano Carranza, sólo su asistente Secundino Reyes, el teniente Benjamín Garza y yo. Las balas seguían polveando muy cerca.

Don Venustiano, sereno como nunca, trataba de ver a lo lejos, seguramente con su espíritu; pues parecía no darse cuenta del peligro que corríamos, ni de quiénes se iban, ni de quiénes se quedaban con él. Garza me decía riendo:

« — Este hombre no tiene nervios. »

Secundino exclamó, con deseo de que D. Venustiano lo oyera:

« — Están tirando con plomo. »

Yo me eché pecho a tierra con mi carabina, y tomaba puntería hacia la torre de la capilla, que era el blanco más próximo que teníamos, y era seguramente donde estaba viendo D. Venustiano, con sus gemelos de campaña, a los federales que subían a la torrecilla. De pronto se da cuenta de que yo estoy en tierra y mi caballo suelto, y levantando la voz, dirigiéndose a mí, me dice con energía:

« — Breceda, coja su caballo y súbase; no lo deje así. Los caballos nunca se sueltan en el campo. »

Yo me hacía la cuenta de que el caballo me estorbaba, mientras el Sr. Carranza no se retirara del peligro, y por eso habíalo soltado. El caballo, brioso por el zumbido de las balas, no se dejaba coger. Sin embargo, Secundino Reyes y Benjamín Garza logran lazarlo. Me trepo en él, y paso a paso acompaño a D. Venustiano Carranza, que sonriente busca con la mirada a los compañeros, y me dice:

« — Los que entran al paso, salen a la carrera. »

Las balas nos seguían y él no apretaba el paso. ¡Qué situación aquélla! ¡Qué angustia la mía, y qué deseos de correr como mis compañeros, para ponerme a salvo! D. Venustiano Carranza casi nunca hace manifestaciones del espíritu. No silba ni canta, y se ríe poco. En esta ocasión, mientras caminaba frunciendo el entrecejo, tarareaba un airecillo.

Después, como a dos kilómetros, empezamos a encontrar a Garfias, Baroni, Juan Dávila y Destenave, que venían de regreso. Todos otra vez muy valientes, y alegando acaloradamente sobre lo sucedido, sosteniendo cada uno su plan estratégico y particular de campaña; pues, ¡claro!, por eso fracasamos: porque no se hizo lo que cada cual y a distancia pensaba. El señor Gobernador no hizo comentarios. Ordenó varias veces se tocara reunión y marcha, y seguimos lentamente a Espinazo. Era tarde, casi de noche; lloviznaba y hacía frío. A Garfias, que se creía el único militar de profesión, se le advertía lastimado en sus pretensiones de infalibilidad militar, y con sorda cólera desairaba las opiniones de los demás.

Antes de llegar a Espinazo, tropezamos con la vía férrea que viene de Monclova, y nos sorprendió allí una locomotora con un carro y una plataforma, que conducía Tránsito Galarza con unos cuantos hombres más, custodiando el maíz, frijol, harina y pasturas que nos mandara la mañana de ese día el coronel D. Pablo González, desde Monclova.

Eran las ocho de la noche, y sólo nos detuvimos para destruir algo del telégrafo y quemar algunos durmientes, llegando a pocos momentos a la Hacienda de Espinazo, que es también estación ferroviaria de bandera. Después de colocar la gente y la caballada, nos obsequiaron en la casa de la Hacienda un poco de cena con café. Conversamos un rato con el dueño, que al parecer lo era un súbdito alemán, cuyo nombre nunca conocí, y de la plática determinó el Sr. Carranza aprovechar la máquina y el carro de Tránsito Galarza para irse esa misma noche hasta Monclova.

Acompañamos a D. Venustiano Carranza solamente Garfias, Múgica y yo, dejando en Espinazo a Jacinto Treviño con toda la tropa. Llegamos a Monclova como a las tres de la mañana del día 8. El Sr. Carranza y Garfias bajaron del *caboose* donde dormitábamos y se alojaron en el Hotel de la Esta-

ción, allí conocido por el «Hotel de los Chinos». Yo preferí seguir durmiendo en la tabla dura del banco del *caboose*, y Múgica en los asientos superiores del mismo. Tal era el sueño y el cansancio que nos embargaba, y hubiéramos seguido en tal posición hasta bien entrado el día, si no es que el mayor Lucio Blanco, trasnochador consuetudinario, me va a impertinar, acompañado de una ánfora de whisky y con deseos de platicar y de que le refiriéramos, con los detalles más ínfimos, nuestra hazaña de Anhelo. Él, a su vez, me habla de todas las noticias recogidas en esos días por la Prensa americana y de todos los díceres del pueblo con relación al *cuartelazo* de la capital de la República.

A nuestra animada charla, despierta el vecino Francisco J. Múgica. Hice la presentación de estilo y siguió animada la conversación de Blanco. Propuse dejar el carro y alojarnos en el Hotel de la Estación, toda vez que no habríamos de conciliar el sueño ni conseguir suspender la conversación de Lucio Blanco.

El día 9 me enteré de que la Diputación Permanente de la XXII Legislatura de Coahuila había resuelto trasladarse a Piedras Negras para mayor seguridad, y de que el presidente de ella, Gabriel Calzada, había sido nombrado comandante militar de la plaza. En la tarde supimos que el pueblo de Bustamante y el de Aldana (Nuevo León) habían caído en poder de nuestras fuerzas.

Jacinto Treviño daba cuenta desde Baján, adonde ya se había trasladado, de habersele incorporado el capitán Rafael Saldaña Galván, que regresaba de Monterrey, habiendo cumplido su comisión y trayendo la respuesta del general Jerónimo Treviño, la que era absolutamente desfavorable para los deseos del Gobernador de Coahuila.

En la noche platicaba Saldaña Galván sus impresiones de Monterrey y su entrevista con el divisionario. Nos decía que la Prensa de la capital de Nuevo León y de México, tratando

del asunto de Anheló, desfiguraba los hechos a tal grado, que *la credulidad de las gentes sencillas e ignorantes las hacía ver como cierto el desastre y la ruina para la Revolución*; que de tal modo aquella Prensa venal y cobarde pintaba los hechos, que no dejaba lugar a duda. La de Monterrey era manejada por un tal Manuel Múzquiz Blanco, un granuja, demagogo, poseído de un impulsivismo de caribe. Todo lo ennegrecía en las columnas de su periódico. Nos mataba y disolvía ante el tiroteo de Trucy Aubert, como el efecto de un témpano de hielo bajo una plancha caliente al rojo vivo.

Don Venustiano Carranza pensó seriamente que necesitaba contrarrestar los efectos de la Prensa con algún hecho *trascendental, de resonancia en toda la República; algo así como si fuera el anuncio general para el país de una Revolución vigorosa que con nada se conjuraría.*

Y atinadamente principió, ya en su Cuartel General de Monclova, a dictar disposiciones sobre algún plan de campaña que llenara estos fines: llamó a algunos de los jefes y convino en un movimiento sobre Saltillo, para ponerlo en práctica unos cuantos días después. Mientras salíamos para Saltillo, algunos de los oficiales del Estado Mayor — el doctor Zertuche y otros — iban y venían a Piedras Negras, frontera con los Estados Unidos, donde compraban algunos objetos de campaña, medicinas, comestibles y los periódicos del día, que nos llegaban por la noche a Monclova y que eran devorados por los *que estábamos hambrientos de noticias del centro de la República.*

Garfias se mostraba muy nervioso y descontento, acobardado y decepcionado. El Sr. Carranza se lo conoció y le dió discretamente ocasión para que se retirara de la Revolución, confiriéndole una «comisión» a San Antonio Texas, y días después el Sr. Carranza recibía una carta muy plañidera, incluyéndole copia de otra que le dirigía D.<sup>a</sup> Sara P. de Madero, desde New-York, al mismo Garfias, y la copia de un documen-

to, especie de Manifiesto o circular, que en aquellos días dirigió a la Prensa de la ciudad de México, en el que aparece heroico y casi sublime. Todos estos preciosos documentos quedaron desvirtuados con un Manifiesto que posteriormente hizo publicar el mismo Garfias en la Prensa americana y mexicana, protestando su adhesión a Victoriano Huerta y confesando que había sido un error de su parte haber secundado en Saltillo la actitud de D. Venustiano Carranza, y, finalmente, yendo en persona a la ciudad de México, a presentarse al Gobierno de la Usurpación.

Los tres primeros documentos de que hago referencia están en mi poder, auténticos, al alcance de mi mano, y en seguida los hago del conocimiento del lector:

«San Antonio, Abril 13 de 1913. — Señor Gobernador Venustiano Carranza. — Donde se halle.

»Señor de todo mi cariño y respeto:

»No he escrito a usted con la frecuencia que hubiera deseado, porque como he dicho a usted en mi anterior, nada que valiera la pena he tenido que comunicarle; la comisión que usted se sirvió confiarme en ésta, no ha dado el resultado que esperábamos; al llegar aquí me puse en contacto con Emilio Madero y le expresé que tenía autorización de usted, según quedaba comprobado con la credencial que firmada por usted le mostré, para suplicar, tanto a él como a los demás miembros de la familia Madero, ayudaran al movimiento constitucionalista con dinero, tanto para la compra de armas, como para el pago de los hombres que han abrazado nuestra causa, alistándose en nuestras filas por un sentimiento de patriotismo, de honor y abnegación. El Sr. Madero (D. Emilio) me recibió muy fríamente y me dijo que ni él ni ninguno de los miembros de su familia querían tener participio alguno en el actual movimiento revolucionario; que sus intereses habían sufrido mucho, así como sus personas, y que en comproba-

ción de lo dicho me aseguraba que su hermano Alfonso, que se encontraba en Washington, había sido llamado a New-York por el señor su padre, con el objeto de que cesara en sus gestiones y abandonara la política. Que no tenían un centavo, y que, en consecuencia, no nos podían ayudar. Yo me retiré de esta primera entrevista, que tuvo lugar en presencia del doctor J. M. Rodríguez, muy desalentado, pero resuelto a insistir. Efectivamente, al día siguiente volví a ver a D. Emilio, y le dije que estaba resuelto a ir a Nueva York a *implorar por caridad* (textual), ayuda pecuniaria de su familia, y que recurriría a la señora viuda del Presidente Madero, de cuya estimación estaba y estoy seguro. El Sr. Madero, al oír mi actitud, me dijo que no era necesario que hiciera el viaje a Nueva York; que él escribiría a su familia y me comunicaría el resultado. Accedí a su indicación, y después de muchos días de espera fué en persona D. Emilio a buscarme a mi alojamiento, en el número 912 de la calle N. Houston, para enseñarme un telegrama del Sr. D. Francisco Madero, padre, en el que le decía me dijera esperara en ésta, sin ir a Nueva York, pues *mi asunto se arreglaría pronto*.

»Hasta la fecha nada me han vuelto a decir, ni D. Emilio, ni D. Alfonso, ni ningún otro miembro de la familia, a pesar de que los veo todos los días, por vivir en la casa contigua a la que ellos ocupan, por lo que he llegado a la conclusión de que, o no quieren ayudar, o yo no les inspiro suficiente confianza, a pesar de que he sacrificado, por vengar a su hermano, todo lo que tengo: carrera, intereses, familia y seguramente la vida. En ambos casos, me parece sumamente vituperable su conducta; pues quieren que la Revolución triunfe, que su hermano quede vengado, que sus intereses queden garantizados, y nada les importa ni nuestras vidas ni nuestros sacrificios.

»Hace unos cuantos días recibí una carta sumamente honrosa, de la señora viuda del señor Presidente, cuya copia ad-

junto a usted para su satisfacción. Como verá usted por la parte final de ella, la señora me dice que está dispuesta a ayudarnos. En consecuencia, y alentado por los conceptos de la carta en cuestión, me he dirigido a ella por escrito, pidiendo su ayuda, ya que a los hermanos de su esposo parece que muy poco les ha importado la muerte de él, ni tampoco las tremendas condiciones en que ésta se realizó.

»Espero la contestación de la señora para obrar definitivamente; pues me sería sumamente penoso volver a reunirme con usted con las manos vacías y sin haber tenido éxito alguno en mi comisión.

»A propósito de mi regreso al campo de operaciones, debo decir a usted lo siguiente: Han estado a buscarme en ésta dos personas venidas de allá, y que han estado con usted en íntimo contacto desde mi venida a esta ciudad, y me han dicho que se me ha hecho cerca de usted muy mala atmósfera; que el grupo que rodea a usted había minado por completo la estimación y afecto que usted me ha tenido, y que, en una palabra, usted me había retirado toda su estimación. Como no veo razón alguna para que esto sea cierto, y puedo aún levantar la frente muy alta y responder de mi conducta y de mis actos ante el mundo entero, ruego a usted me diga lo que haya de cierto sobre el particular, para que yo pueda normar mi conducta en lo sucesivo.

»Usted sabe, señor, que soy hombre delicado y que no soy capaz de ningún acto indigno; pero tampoco estoy dispuesto a que, sin razón alguna, se trate de manchar mi nombre ni mi honorabilidad.

»La Prensa de México, y muy especialmente los periódicos *El Imparcial* y *La Tribuna*, se han ensañado contra mí en estos últimos días, llenándome de insultos y de calumnias (obra, según informes que tengo, del capitán Delgadillo, que está en México). Ya publico, en el periódico *The San Antonio Light*, unas declaraciones, cuya copia envío a usted, y el se-

ñor mi padre, que a pesar de sus muchos años y de sus enfermedades ha venido de México, a visitarme, presentará, a su llegada a México, acusación por calumnia y difamación contra el expresado periódico o periódicos.

»Suplico a usted muy encarecidamente se sirva contestarme; pues le repito que de su contestación depende mi conducta futura.

»Quedo de usted, con todo afecto y respeto, su subordinado, amigo y servidor que mucho lo estima. — (Firmado): *Luis G. Garfias.*»

La carta que la señora Sara Pérez, viuda de Madero, dirigió a Garfias, y de la que hace referencia en la que antecede, según copia de puño y letra del referido Garfias, que obra en mi poder, dice lo siguiente:

«New-York, 29 de Marzo de 1913. — Señor teniente coronel Luis G. Garfias. — San Antonio.

»Estimado amigo:

»No puedo menos que felicitarle por su actitud digna y patriota; pues sería desesperante de ver que todos se doblegaban ante la traición y el crimen. Felizmente quedan aún hombres honrados que defienden la legalidad y luchan por esa Patria, por quien mi mártir esposo dedicó todas sus energías y dió hasta su vida.

»Él ya sembró la semilla; ya la regó con su sangre, así como con la de todos esos mártires que han caído y siguen cayendo, víctimas de sus salvajes enemigos; a ustedes, los patriotas que sobreviven, les toca cultivar hasta recoger el fruto, ese fruto tan preciado por los muchos sacrificios que cuesta. A raíz de los sucesos tan terribles, que nos dejaron anonadados y sumidos en el más profundo dolor, supe la actitud de usted y del capitán Treviño, pues yo me informaba de todos, y en medio de tan grande pesadumbre, sentí consuelo

al saber que todos aquellos a quienes él consideró, no como sus ayudantes, sino como sus amigos, le fueron leales todos, y los que pudieron, como usted y Treviño, protestaron en el terreno que les correspondía. Debo decirle, para su satisfacción, que todos los ayudantes se portaron muy bien, sobresaliendo Garmendia, Montes y Casarín. El Colegio Militar se mantuvo a la altura de su fama.

»La Providencia, que en sus altos designios nos ha querido mandar esta terrible y dura prueba, los ha de ayudar a ustedes, dándoles el triunfo de la justa causa que defienden.

»Le ruego de felicitar a D. Venustiano en mi nombre, por haberse puesto al frente de este movimiento reivindicador. Dígale que los Estados Unidos ven con simpatía el movimiento de los constitucionalistas, y si logran ponerse todos de acuerdo, para que reconozcan un solo Jefe, no será difícil que les reconozcan la beligerancia.

»Ahora, sí, nada de magnanimidad; pues hemos visto con dolorosa experiencia que sólo entienden a fuetazos. Dígale a D. Venustiano que no olvide de que los Vázquez Gómez también han sido traidores.

»Mucho me agradecería tener noticias de ustedes, y si algo puedo hacer en el límite de mis facultades, por ustedes, lo haré con gusto.

»Soy de usted aftma. amiga, *Sara Pérez de Madero.*»

La copia de las declaraciones que Garfias afirmaba al señor Carranza haber publicado en *The San Antonio Light*, copia que suscrita por el mismo Garfias tengo a la vista, es una especie de circular a los periódicos de la ciudad de México, y dice textualmente lo que sigue:

«Varios periódicos de esta capital, entre ellos *El Imparcial* y *La Tribuna*, han estado publicando artículos en los que, al juzgar mi actitud para con el actual Gobierno, me ca-

lumnian y me difaman. En el periódico *La Tribuna*, de fecha 8 del actual, aparece un encabezado con grandes letras, en el que se dice que he pedido un amplio perdón para mis delitos y que he desfalcado cuarenta mil pesos al Erario Nacional. Lo primero es falso de toda falsedad, pues no he pedido perdón alguno, ni el Gobierno ha mandado comisionado alguno cerca de mí, y lo segundo es calumnioso y difamatorio, pues nadie puede probarlo.

»He sabido que el inspirador de tales artículos es el hoy mayor Antonio Delgadillo, y voy a procurar delinear la personalidad de tal individuo, para que se vea si merece que algún hombre honrado lo tenga en cuenta.

»Cuando marché de México a Saltillo, comisionado por el Presidente Madero para organizar un regimiento para cooperar a la pacificación del Estado de Chihuahua, el capitán Delgadillo, en unión de varios oficiales de la Escuela de Aspirantes, solicitó, por mi conducto, venir a mis órdenes para formar el expresado regimiento. El Presidente acordó favorablemente dicha solicitud, y marchamos a Saltillo, donde organicé el regimiento que se llamó *Mariano Escobedo*, con el cual tomé parte en la campaña de Chihuahua, a las órdenes del señor general D. Victoriano Huerta.

»Después de la batalla de Bachimba, fui llamado por el señor Presidente Madero para hacerme cargo, interinamente, de la Jefatura de su Estado Mayor, mientras el jefe nato, capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica, hacía su campaña electoral para la gubernatura del Estado de Veracruz.

»Al separarme del mando del regimiento *Mariano Escobedo*, hice entrega de él al capitán Delgadillo, a quien desde el principio de la organización había nombrado mi segundo. La gestión de este oficial, durante su interinato, fué de lo más desastrosa y reprochable. Estando el regimiento acuartelado en Casas Grandes, todos los oficiales que lo integraban, en masa, se quejaron con el general Antonio Rábago de las veja-

ciones y abusos de que eran víctimas por parte de Delgadillo. La tropa desertaba en grupos no menores de veinte hombres, pues Delgadillo les defraudaba sus sueldos. Todo lo anterior lo puedo comprobar, tanto con los oficiales que aún viven, si, como creo, son hombres de honor para decir la verdad, como también con la tropa que toda formaba parte de la Unión Minera Mexicana, cuya matriz está en La Rosita (Coahuila), y pueden pedirse los informes que se deseen en comprobación de lo que afirmo.

»El hoy mayor Delgadillo recibió de mí favores que no tiene con qué pagarme. Si lo niega, es más canalla de lo que hasta ahora he creído.

»Ahora voy a relatar nuestra rebelión, para que se juzgue con criterio desapasionado, y cada uno quede en su puesto.

»El 18 de Febrero, a las diez de la noche, me mandó llamar el Gobernador Carranza, a mi casa habitación, con su ayudante Gustavo Espinosa. Inmediatamente me dirigí a su casa, y allí me enseñó un telegrama del señor general Huerta, en el que le comunicaba haberse encargado del Poder Ejecutivo, teniendo presos al Presidente Madero y a sus Ministros. Al enterarme del texto del telegrama, le expresé que yo no reconocería al Gobierno, y que si él y la Legislatura lo desconocían, estaba a su disposición con todo mi regimiento y los elementos de vestuario, equipo y parque que tenía, pues estaba ocupándome de la reorganización de él. El Gobernador me dijo que en esos momentos iba a reunirse la Legislatura para resolver lo conveniente.

»Al día siguiente (19) reuní a todos mis oficiales, inclusive Delgadillo, mi segundo, y les comuniqué lo que acababa de pasar en México. Les dije que yo estaba resuelto a desconocer al nuevo Gobierno, y los invité a que me siguieran, manifestándoles que no quería ejercer sobre ellos presión alguna, y que aquel de entre ellos cuyas convicciones o intereses no estuvieran de acuerdo conmigo, podía retirarse

adonde mejor le conviniera. Delgadillo y los doce oficiales subalternos que integraban el regimiento, me contestaron, *empeñando solemnemente su palabra de honor, de que me seguirían adonde yo quisiera llevarlos*. Ese mismo día, en la tarde, y confiando en la palabra de honor de Delgadillo y demás oficiales, envié al Sr. Blázquez un oficio, en el que le decía que tanto yo, como los oficiales a mis órdenes, desconocíamos al Gobierno del general Huerta; lo que ocasionó que el general Blázquez, presa del pánico más injustificado, saliera de Saltillo en un carruaje, rumbo a la primera estación, donde lo esperaba una máquina con un *caboose*; pues su miedo le hacía creer que iba yo tras de él para matarlo, sin pensar que no es fácil que un hombre decente, como yo, se convierta en asesino en un momento. Esta fuga precipitada y vergonzosa del Sr. Blázquez, ocurrió un cuarto de hora después de que hubo recibido mi oficio. Hay que advertir que el Sr. Blázquez es general, pero que jamás se ha batido.

»Al día siguiente (20) volví a reunir a Delgadillo y a todos mis oficiales en mi casa habitación, y les repetí que eran libres de seguirme o no, según les conviniera. Volvieron todos, encabezados por Delgadillo, a empeñarme su palabra de honor de que me seguirían, y tomaron todos en mi casa una copa de champagne por el éxito de la causa. Esto pasaba a las cinco de la tarde del 20, después que había yo obligado al jefe de Hacienda, de Saltillo, a que a todos les pagara sus sueldos. En la noche de ese mismo día tuve informes de que entre Blázquez y Delgadillo se había pactado traicionarme, sobornando a mis oficiales, que ya habían preparado a la tropa. Blázquez, como digo a usted, huyó porque su miedo fué más poderoso que todo y dejó solo a Delgadillo. A este sujeto le llamé otro día a mi casa y le comuniqué lo que se me había dicho; protestó enérgicamente, diciendo que era falso, que él me estimaba mucho, que me debía muchos favores y que si yo dudaba de él se separaría. A esto último acce-

dí, ordenándole que entregara la oficina del detall al capitán primero Jacinto Treviño, ayudante del Sr. Madero, y que servía a mis órdenes, permaneciendo fiel hasta el último momento.

»La entrega debía verificarse el 22 en la mañana, pues lo anterior tenía lugar el día 21 en la noche. Aún quedaban en sus puestos los oficiales, y yo todavía creía en el honor, y no los suponía capaces de quebrantar su palabra. Pasó la mañana, y Delgadillo no se presentó a cumplir la orden de entrega que de mí había recibido, sino, al contrario, se disponía en la estación a salir para Monterrey, en compañía de su mujer; lo que no pudo verificarse por no haber tren sino hasta las seis de la tarde. Yo lo supe, pero me importó muy poco; pues el concurso de este oficial no me era muy necesario; pero, al terminar de comer y dirigirme al cuartel donde se alojaba mi regimiento, supe que todos los oficiales se habían marchado, desertando y quebrantando su palabra de honor, después de dejar a la tropa sola y amotinada; pues, efectivamente, formaban parte de la combinación Blázquez-Delgadillo. Este último no había podido salir, tanto porque la mujer y los hijos se lo impedían, como porque creía que la combinación daría resultado y que mi tropa, con los oficiales, se encargaría de aprehenderme, y quizá de algo más; pero no fué así. Envié a mi secretario, el capitán de Rurales, Baroni, para que reiterara a Delgadillo la orden de entrega, y éste (Baroni), temiendo alguna resistencia de parte de Delgadillo, llevó por su cuenta una escolta de irregulares para que lo auxiliara. Efectivamente, al llegar Baroni a la casa del licenciado Melchor González, donde se alojaba Delgadillo, y decir a la mujer de éste que iba en su busca para comunicarle una orden del servicio, se entró violentamente la señora a las habitaciones y salió con una pistola, descargada, amenazando a Baroni. Éste, con toda educación, la obligó a que no siguiera adelante semejante farsa y la hizo dejar la pistola.

»Momentos después salió Delgadillo con una carabina Winchester 30-30, apuntando a Baroni, que llevaba una pistola en la mano. Baroni no quiso hacer uso de la pistola y la arrojó sobre la cama, echándose sobre Delgadillo para desarmarlo. Durante la lucha que entre ambos se entabló, y como Delgadillo estuviera a punto, a causa de su fuerza física, de dominar a Baroni, llegó en auxilio de éste el capitán de Irregulares Alejo González, quien a su vez se arrojó sobre Delgadillo para ayudar a Baroni a quitarle la carabina. Al ver uno de los soldados irregulares que su jefe estaba en peligro, introdujo el cañón de su carabina entre las cabezas de González y Baroni, que estaban luchando, e hizo fuego sobre Delgadillo, que no murió, pero que conservará mientras viva, impresa en el rostro, la marca de su deslealtad y de su falta de valor. Repito que yo le abrí el camino para que, si no me quería seguir, se fuera adonde mejor le conviniese.

»Tuvo más suerte el Sr. Blázquez, pues a éste ni le dió resultado su combinación con Delgadillo; pues yo pude contener el amotinamiento de mi tropa y hacer que a pesar de de ellos me siguieran; a Blázquez el miedo le dió alas para llegar sano y salvo a Monterrey en su *caboose*, creyendo que el teniente coronel Garfias se había convertido, de la noche a la mañana, en asesino y en zapatista.»

Después supimos, por el mayor Jacinto B. Treviño, que Garfias efectivamente se había levantado una buena cantidad de dinero, y que en billetes grandes de diversos Bancos, ocultos bajo el chaleco, se los llevó a San Antonio Texas. Este dinero lo había puesto a su disposición el Gobierno del señor Madero, para el reclutamiento y organización del 25.º regimiento en Saltillo (Coah.).